

# Historiografía y Revolución

**Jorge Ibarra**

*Historiador. Unión de Escritores y Artistas de Cuba.*

La historiografía revolucionaria cubana tiene orígenes y manifestaciones diversas. De remitimos a la primera mitad del siglo en busca de sus fuentes tendríamos que invocar una diversidad de obras que no tuvieron una proyección revolucionaria. Ahora bien, a los efectos de analizar la relación entre historiografía y proceso revolucionario es preciso tener en cuenta, ante todo, las obras que marcaron un hito con relación a la historiografía de orientación positivista o hegeliana. De hecho el carácter precursor e innovador del movimiento historiográfico revolucionario estará signado desde su origen por la obra de Manuel Moreno Fraginals, Julio Le Riverend, Juan Pérez de la Riva y Raúl Cepero Bonilla. Los tres primeros iniciaron su formación como historiadores en centros de altos estudios; el último fue un autodidacto que revolucionó los estudios históricos. La influencia de la nueva historia de Febvre y Bloch en el Colegio de México, donde se formaron Moreno y Le Riverend, y en la Universidad de Grenoble, donde cursó estudios Pérez de la Riva, definiría en más de un sentido la vocación de estos maestros de la historiografía cubana.

La ruptura más radical con el positivismo y el idealismo historiográfico de la primera mitad del siglo se produjo, sin duda, con la obra de Raúl Cepero Bonilla *Azúcar y abolición* (1944). El cambio de perspectiva tuvo como fundamento: 1) la asunción del marxismo como método de valoración y ordenación del material histórico; y 2) la investigación de fuentes ignoradas por la historiografía tradicional, interesada sólo en justificar el papel de las clases hegemónicas en la sociedad colonial. La crítica de Cepero caló hasta lo más hondo en las motivaciones clasistas de los llamados «fundadores de la nacionalidad»: Arango, Saco, Del Monte, Alfonso y Montoro; o sea, reveló los propósitos hegemónicos de los ideólogos de la clase plantacionista criolla. De ese modo, subvirtió las bases del positivismo y de las historias de las ideas de corte hegeliano y cuestionó seriamente el eclecticismo propio del pensamiento criollo, desde principios del XIX, cuidadoso siempre en conciliar tesis radicalmente opuestas. Sin embargo, Cepero no pudo sustraerse a la tentación de hacer extensivos sus juicios sobre los ideólogos de la plantación occidental a los representantes de las haciendas ganaderas de las regiones

centro orientales de la Isla. De ahí que no pudiera percatarse, en toda su hondura, de las dimensiones de la ruptura histórica de 1868, de la diferencia de grado sustancial entre Céspedes y Saco, Aguilera y Del Monte.

La primera gran síntesis, de acuerdo con las nuevas orientaciones, sería elaborada por Julio Le Riverend para la *Historia de la nación cubana*. Años más tarde escribiría un ejemplar estudio regional sobre la antigua provincia de La Habana. En la síntesis de *Historia económica* prevalecería el propósito de reconstruir en sus grandes líneas generales la evolución económica del país. Es por eso que el acento estará puesto en el trazado de conjunto, en la trayectoria del proceso, antes que en la exégesis de los puntos de inflexión. No faltan, sin embargo, interpretaciones de las causas que originan virajes decisivos en el devenir histórico. En los últimos capítulos, referidos a la República, a diferencia de los otros, en los cuales el autor realizó una investigación acuciosa de fuentes primarias, se resumen los resultados de otros estudios del período. No obstante, aquí se formulan las hipótesis centrales referidas a la crisis estructural del sistema neocolonial. En su biografía de la provincia de La Habana prevalece un enfoque integral, en el cual los aspectos sociales del proceso histórico constituyen el tejido en el cual se insertan hechos políticos, económicos y culturales. Un ejemplo de la virtualidad del método empleado por el autor lo constituye el hecho de que en ningún momento pretenda aplicar un esquema filosófico previo a la realidad histórica y, al mismo tiempo, se guíe por una serie de reglas enjundiosas en la explicación del proceso histórico.

*El ingenio*, de Manuel Moreno Fragnals, significó un corte en la historiografía cubana. Desde principios del siglo XVIII la plantación azucarera constituyó el núcleo en torno al cual se estructuraría la sociedad esclavista cubana. Moreno comprendió que en la medida en que la vinculación de la economía insular al mercado mundial dependía de la producción azucarera, las otras ramas de la economía tendían a subordinarse, de un modo u otro, a su expansión y desarrollo. De hecho, el sentido de los cambios históricos que tienen lugar en la sociedad colonial desde la aparición de la plantación azucarera se encuentran determinados, en última instancia, por su relación con el mercado mundial. Desde luego, sin la plantación no se puede explicar la sociedad colonial cubana, pero aquella no será capaz de revelar la dinámica propia de determinados sectores de la realidad sociocultural y económica. La elaboración de series estadísticas de producción, exportación y precios del azúcar; el análisis riguroso de la demografía esclavista; la periodización de las distintas etapas de la producción azucarera; la definición de la manufactura esclavista y de sus límites objetivos; el papel de las

instituciones esclavistas en la preservación del sistema, constituyen algunos de los resultados más importantes de este estudio que ha devenido un clásico de la historiografía cubana. No sin exageración ha podido aseverar Mario Sabattini que esta obra es «*El capital*» de los estudios históricos y sociales del Caribe. Ciertos juicios de Moreno, en los cuales coincidiría con Le Riverend, sobre la «crisis» del sistema esclavista de plantaciones han sido cuestionados por otros estudiosos de la esclavitud cubana como Rebecca Scott y Laird Bergard. Por otra parte, las conclusiones a las que han llegado de manera independiente Oscar Zanetti y Alejandro Carda sobre el papel del ferrocarril en el incremento de la rentabilidad de la plantación esclavista, y el estudio monográfico del autor de estas líneas sobre el movimiento hipotecario en la región de La Habana, tienden a confirmar el hecho de que en las décadas de 1860 y 1870 los plantadores esclavistas se libraron en gran medida de las deudas que los ataban al capital comercial. Desde luego, la rigurosa valoración de Moreno sobre los límites objetivos de orden tecnológico y agrícola que frenaban el desarrollo de la industria azucarera y los ingresos de los plantadores más allá de ciertos límites, siguen en pie. Lo que se le pudiera criticar a Moreno, entonces, sería que esas restricciones no habían desembocado en la segunda mitad del siglo XIX en una crisis general del sistema esclavista de plantaciones de Occidente. En todo caso, la crisis no tendría lugar en las regiones de esclavitud plantacionista, sino en las regiones en las que predominaba la hacienda señorial de ganado y la esclavitud patriarcal.

Fue Juan Pérez de la Riva quien impartió las principales lecciones de método a las nuevas generaciones de historiadores. Historiador, geógrafo y demógrafo, Pérez de la Riva cubrió vados del proceso histórico ante los cuales se habían detenido otros estudiosos. Su proyecto para una *Historia de la gente sin historia*, su brillante hipótesis sobre «las dos Cubas» (la Cuba A y la Cuba B), su estudio monográfico sobre las migraciones del Caribe hacia la Isla y, por último, su investigación inconclusa de largo aliento sobre la conquista del espacio insular, revelaron la sutileza, rigor y amplitud de la concepción que animaba a sus búsquedas en nuestro pasado. En el primero de estos proyectos contó con la colaboración de uno de los maestros de los estudios etnológicos e históricos cubanos, Pedro Deschamps Chapeaux. La reconstitución, realizada por Deschamps, de la trayectoria vital y de las condiciones de vida de destacadas personalidades de la comunidad de negros y mulatos libres de la sociedad colonial, contribuyó a sentar las bases de la síntesis de la historia social que proyectaban llevar a cabo.

La significación que tuvieron para la cultura plantacionista las volantas, el sistema de alumbrado de gas, los últimos avances de la moda europea, así como otros bienes de la civilización material, fue otra vía por la cual Pérez de la Riva accedió con frecuencia a la comprensión del pasado. La valoración con textual exacta de los precios y salarios, de las medidas y las pesas, en virtud de la crítica interna de la documentación, le permitía dibujar con precisión tendencias y hechos ocultos por lo general al historiador presentista. La reconstitución del paisaje geográfico y humano, el estudio de las regiones como espacios o totalidades demográficas, económicas, sociales, culturales y étnicas, le abrió las perspectivas a una nueva dimensión de la historia nacional. La pasión obsesiva con la cual se propuso reelaborar las estadísticas de la trata esclavista, le impidió formular con exactitud ciertos cálculos demográficos, que algún día han de ser esclarecidos por los continuadores de su obra. La última lección que legó a sus colegas y discípulos fue su amor por la historia, sentimiento sin el cual es imposible todo esfuerzo investigativo.

Muchas de las cuestiones no resueltas que habrían de enfrentar estos maestros de la historiografía cubana en su propósito de construir una historia marxista habrían sido valoradas por Carlos Rafael Rodríguez en su ensayo *El marxismo y la historia de Cuba* (1943). Las vicisitudes y obstáculos que debían sortear algunos de los historiadores marxistas más representativos en su intento de aplicar estas apreciaciones al proceso histórico nacional se ilustran a continuación.

Los ensayos marxistas de interpretación de Sergio Aguirre, *Seis actitudes de la burguesía cubana* (1943), y de Oscar Pino Santos, *Historia de Cuba* (1963), se basaron fundamentalmente en fuentes secundarias. Ante las críticas de que fue objeto su ensayo, Aguirre confesó no haber trabajado nunca en los archivos y bibliotecas con fuentes primarias, por considerar que era más importante valerse del enfoque marxista de la historia. Su primer ensayo de interpretación había tenido como punto de partida la aplicación del método marxista a la documentación que habían seleccionado previamente, e incorporado a sus síntesis, historiadores como Ramiro Guerra.

En *Seis actitudes...* Aguirre elaboró una primera síntesis histórica, en la cual se propuso definir las corrientes políticas e ideológicas que atravesaban el siglo XIX cubano y el momento en el que hacía su aparición la nacionalidad cubana. Este estudio, en la medida en que constituyó el primer análisis marxista del proceso de formación nacional, devino referencia obligada para los estudiosos de la nacionalidad. Las principales objeciones que se le han formulado a la síntesis de Aguirre han sido que: 1) intentó definir el surgimiento

de la nacionalidad tan sólo a partir de ciertos rasgos que supuso se habían precisado en la actitud de los ideólogos de los terratenientes con respecto a España a principios del siglo XIX, sin tener en cuenta que estas posiciones no habían cristalizado en la clase que definía como terrateniente o en la sociedad en su conjunto; 2) al estudiar las actitudes de los ideólogos las definió e identificó como las actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX, cuando de hecho esta clase no tomó cuerpo y forma hasta la década de 1880, con la abolición de la esclavitud. Por otra parte, se le critica no haber tenido en cuenta que las actitudes de los ideólogos no coincidían siempre con las de la clase que representaban, por lo que dicha interpretación resultaba reduccionista. Se le objeta también a este esquema haber definido como actitudes de la burguesía las tendencias reformistas o anexionistas que se correspondían en la primera mitad del siglo con las de la clase esclavista, o bien, con la posición independentista propia de la pequeña burguesía en la década de 1820. De hecho, la mayor parte de los estudios cubanos sobre la primera mitad del siglo XIX no definen a los plantadores azucareros o cafetaleros ni a los señoriales hateros del ganado como burgueses, sino como esclavistas o feudales.

Independientemente de las diferencias conceptuales que pueden haber tenido algunos historiadores con Aguirre, debe reconocerse que *Seis actitudes...* fue el primer ensayo marxista coherente que se opuso a la concepción apologética de la historiografía burguesa y sirvió de base a las consideraciones fundamentales que se formularon sus sucesores durante largo tiempo. En *Eco de caminos*, Aguirre rectificó algunos de sus criterios sobre la aparición de la nacionalidad, al situarla a partir de 1868. Otros trabajos suyos sobre la clase obrera cubana esclarecieron cuestiones que no habían sido tratadas con suficiente rigor por sus predecesores.

La *Historia de Cuba* de Oscar Pino Santos fue elaborada a partir de un ciclo de conferencias que impartió durante su estadía como diplomático en la República Popular China. A veinte años de la formulación de las primeras tesis de Aguirre, Pino Santos contó a su favor con la labor pionera de Cepero y Le Riverend, la cual desbrozó su camino para elaborar un nuevo esquema marxista de la historia de Cuba. Nuestro colega eludió el esquema de las actitudes políticas de la presunta clase burguesa para definir a la clase terrateniente como una clase esclavista. Por otra parte, sostuvo el criterio de que la contradicción principal de la primera mitad del siglo XIX era la contradicción entre los terratenientes esclavistas y sus esclavos, la cual sería desplazada a partir de la década de 1860 por la contradicción entre los citados terratenientes y la metrópoli española. Esta nueva

perspectiva hizo posible una ruptura abierta con el esquema positivista de Guerra.

La fecundidad del método marxista de interpretación de la historia cuando se aplica a fuentes soslayadas por la historiografía tradicional se patentizó de nuevo con la investigación que realizó Pino Santos sobre la penetración del capital financiero en la Isla, *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui* (1973). De la misma manera que Cepero revolucionó los estudios históricos coloniales, en virtud de un cambio de perspectiva y de fuentes, Pino Santos introdujo cambios decisivos en los estudios de la historia republicana.

El aporte de otros maestros de la historiografía cubana de la talla de José Luciano Franco, Luis Felipe Le Roy, Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo consistió en la develación y recapitulación de hechos y pasajes de la historia política. El culto a las personalidades relevantes de la cultura y la política nacional fue alentado por la obra de estos maestros. Franco destacó también las luchas de los esclavos y los negros y mulatos libres, mientras que Portuondo describió aspectos relacionados con la ideología política y social del patriciado del 68 y del 95. Desde su cátedra universitaria, Hortensia Pichardo fue la maestra de una generación de investigadores. Otros estudiosos de la misma generación continuaron su labor creadora o bien llevaron a cabo sus primeras investigaciones en el período revolucionario. Entre ellos se destacaron Violeta Serrano, Juan Jiménez Pastrana, Ladislao González Carvajal, Raúl Roa, Enrique de la Osa y Manuel Rivero de la Calle.

El clima de libertad creativa existente en la comunidad de historiadores y científicos sociales sufrió, a partir de 1970, los embates de una política orientada a implantar el modelo soviético de relaciones en el campo cultural y científico. Los efectos más deprimentes de la nueva orientación se hicieron sentir en una diversidad de instancias.

Desde muy temprano, se puso de manifiesto en la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana la orientación ideológica que caracterizaría al período 1970-1985. Es altamente significativo que, por una razón u otra, sólo uno de los maestros de la historiografía antes mencionados haya impartido clases en sus aulas. El espíritu que la caracterizó durante cierto tiempo fue el de una escuela de cuadros o cuando más el de una escuela de ideólogos, en la cual se impartía una visión monolítica de la historia. A pesar de la política de puertas cerradas que se practicó con relación a los historiadores durante el período en cuestión, algunos profesores noveles empezaron a interesarse en la investigación del pasado y se dedicaron a trabajar en silencio. Algunas de las obras fundamentales realizadas durante esos años fueron producto de su entrega a la

investigación, en una época en la que el esquema excluía toda búsqueda. Con el apoyo de la maestra de la enseñanza de la historia, Hortensia Pichardo, comenzaron a cambiar las orientaciones de la Escuela a principios de la década de 1980.

Un hecho revelador de la concepción que rigió con respecto a las ciencias históricas y sociales fue la desaparición de la Escuela de Sociología. Se consideró que la sociología era una ciencia burguesa que debía ser proscrita. Algunos pensaban que la sociología sólo podía subsistir como disciplina de encontrarse subordinada, en calidad de sierva, a la llamada filosofía marxista-leninista elaborada en el período stalinista. Las ciencias históricas se encontraban sometidas por los mismos vínculos de dependencia que la sociología a la Madre Filosofía. Se trataba de la vieja concepción, según la cual los estudios de la sociedad constituían tan sólo derivaciones del saber metafísico. En los planes de estudios se reflejaba esa dependencia de los estudios históricos a las orientaciones emanadas de los manuales de filosofía zhdanovianos-suslovianos.

De acuerdo con ciertas directivas expresadas en artículos y circulares, se vedó el tratamiento de determinados temas por los historiadores y científicos sociales.

En oposición directa a concepciones del comandante Ernesto Guevara, se crearon centros de investigación histórica que bien pronto se convirtieron en centros de «becarios» sin resultados científicos y sin publicaciones. En *El Socialismo y el hombre en Cuba*, Che planteaba con claridad meridiana: «No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial, ni “becarios” que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo».

Al cabo de 10, 15, 20, 30... años de formar parte de la plantilla de centros de investigación histórica, ostentando categorías de investigadores titulares y auxiliares, hubo decenas de «historiadores» que no publicaron un libro ni media docena de artículos durante el período referido.

En la década de los 60, el profesor universitario Sergio Benvenuto publicó un artículo en *Cuba Socialista* donde expresaba el criterio de que los investigadores noveles de los entonces recién creados centros de investigación histórica debían disponer de un plazo máximo de cinco años para publicar sus primeras obras.

Durante el período 1970-1985 se elaboraron listas de autores que no podían publicar. Se hicieron pulpa libros que se encontraban en la última fase de elaboración editorial. Hoy, estos libros, dado su contenido marxista, serían quemados, de ser presentados en una exposición

en Flagler Street, por los grupos políticos cavernarios de Miami.

Se dio el caso de que se enviara, en lugar de los historiadores que habían sido invitados a conferencias en el exterior, a funcionarios designados *ad hoc* para leer las ponencias de éstos. Se negó el derecho a que destacados profesores e historiadores participaran en eventos en países capitalistas. Este era un privilegio de círculos muy reducidos. También se les impidió a destacados historiadores el que hicieran sus candidaturas para el doctorado en ciencias históricas. Sin embargo, éste se le otorgó a su vez a personas que no tenían una obra historiográfica. Se dirá que estas medidas represivas no alcanzaban a más de una decena de estudiosos, pero tuvieron un efecto intimidatorio sobre la comunidad de historiadores e indujeron a la formación de un pensamiento uniforme.

A pesar de haberse creado una Unión de Historiadores, dejaron de celebrarse los congresos que se efectuaban anualmente bajo la dirección de Emilio Roig de Leuchsenring. Esta asociación no tuvo siquiera un local, y durante quince años de existencia sólo efectuó un escuálido congreso en La Habana. Durante estos años, no se creó una revista especializada en historia.

Se creó la categoría de «vaca sagrada», autoridad inapelable del conocimiento histórico. No se publicaron artículos en las distintas revistas culturales en los cuales se expresaran discrepancias con los maestros consagrados. Los directores de algunas de estas publicaciones preferían conservar sus cargos y evitar amonestaciones de sus superiores por el hecho de ofender a un historiador oficial.

Paralelamente, desapareció, en gran medida, la crítica historiográfica que se venía ejerciendo durante la década de 1960. Mientras Juan Marinello exhortaba, a fines de la década del 70, al ejercicio de la crítica artística y literaria, en el campo historiográfico no se alzó ninguna voz abogando porque se estimulara la crítica y la discusión. Desde luego, dadas las relaciones cautelares vigentes, de haberse propiciado el intercambio de ideas críticas, éste hubiera tenido el carácter de una censura unívoca a toda producción historiográfica que no se encontrara subordinada directamente a las exigencias de la coyuntura política.

Lo más característico de las relaciones tutelares impuestas al campo historiográfico fue el propósito de desnacionalizar progresivamente la historia de Cuba. En este orden de cosas, el intento de suplantar la asignatura Historia de Cuba por la de Historia del Movimiento Obrero en el nivel preuniversitario constituyó un peldaño dentro de un plan más amplio. En la mayor parte de las carreras universitarias se introdujo la asignatura Historia del Movimiento Obrero, como última etapa de los estudios de historia

de Cuba que se impartían desde el nivel primario. De hecho, en los textos sobre la clase obrera no se enseñaba propiamente la historia de los obreros, sino la de algunas organizaciones proletarias y sus luchas. De ese modo, la historia de la clase era sustituida, a su vez, por la historia de los activistas obreros.

Las condiciones ya descritas contribuyeron al aislamiento de los estudiosos con respecto a la historiografía marxista contemporánea y a los últimos avances de los métodos de investigación histórica. La obra del eminente historiador polaco Witold Kula era conocida por unos pocos en Cuba. Se ignoraban también las investigaciones del historiador marxista ruso Boris Porshenev. De Pierre Vilar, Eric Hobsbawm y E. P. Thompson apenas se conocían uno o dos textos. Los aportes y las discusiones que suscitaron la cliometría estadounidense y el estructuralismo francés fueron del dominio de un círculo muy reducido.

Hoy día comienza a tomarse conciencia de que la historia no es una sierva de la política, sino su maestra más ilustre. La historia no ha pretendido nunca aportar soluciones a los hombres del presente, sino tan sólo ponerlos en condiciones de pensar sus problemas actuales revelándoles la dialéctica de los cambios en el tiempo. Esa era la concepción de Engels, según la cual, la concepción marxista de la historia, «no podía servir de excusa para no investigar la historia». Refiriéndose a los repetidores de enunciados marxistas que se desentendían de la realidad histórica, Engels decía, invocando las palabras del propio Marx: «todo lo que sé es que no soy marxista». Tanto para Marx como para Engels la vía principal para fundamentar y desarrollar científicamente el marxismo era el estudio de la historia y de las ciencias sociales. Por eso Engels le recriminaba a la joven intelectualidad que abrazaba el socialismo no investigar la historia de la economía y de las formaciones sociales. Fue precisamente de esos discípulos infieles, que rechazaban la investigación en nombre del esquema, los llamados socialistas de cátedra, de los que Marx dijo: «Sembramos dragones y sólo hemos recogido pulgas.»

Pudiera pensarse que el conjunto de interdicciones institucionales ya descritas era suficiente para impedir todo esfuerzo creativo en el área de los estudios históricos. Sin embargo, la realidad resultó ser mucho más compleja. Independientemente de las políticas dictadas por los funcionarios, el camino trazado por los maestros de la historiografía revolucionaria y por las instituciones creadas en la década de 1960, los intereses científicos y la actitud revolucionaria de los investigadores, así como los nuevos espacios creados con la fundación del Ministerio de Cultura, frustraron el propósito de convertir a los historiadores y científicos sociales en cuadros incondicionales a sus dictados.

Hemos destacado la orientación dogmática impuesta en determinados momentos en la enseñanza de la historia, pero debe tenerse en cuenta que con anterioridad al triunfo de la Revolución no había escuelas de historia en las universidades del país ni archivos históricos provinciales. Tampoco en ningún otro momento de nuestra historia el discurso de las dirigencias revolucionarias había exaltado tanto las tradiciones patrióticas y revolucionarias. El culto a las tradiciones revolucionarias del pasado llegó a convertirse en una mística popular. Este ambiente no podía menos que estimular los estudios históricos.

La existencia de criterios oficiales diversos sobre la historiografía se puso de manifiesto a fines de la década de 1970. En uno de los acuerdos de la Comisión de Ciencia y Cultura del Congreso del Partido Comunista de Cuba, se estableció que los historiadores debían formular sus hipótesis, independientemente de cuál pudiera ser el criterio oficial sobre un período determinado de la historia, por lo que debían basarse tan sólo en la documentación consultada en el curso de sus investigaciones.

La creación de nuevos espacios para las investigaciones históricas por el Ministerio de Cultura contribuyó a impartirle un nuevo sesgo a los estudios martianos. Es preciso hacer un recuento de la situación de este sector de la historiografía.

La destitución de Cintio Vitier como director de la Sala Martí de la Biblioteca Nacional fue una de las primeras medidas tomadas a principios de la década de 1970 por la política sectaria. Para los nuevos custodios del legado martiano, se trataba de impedir que diversionistas y desviados ideológicos pudieran comunicar su percepción del Héroe Nacional. Al pensamiento martiano sólo podían tener acceso los elegidos, autodenominados marxistas-leninistas. Martí no era el venero, la fuente, en la cual podían beber todos los cubanos que habían identificado su destino con el de la patria frente al «Norte revuelto y brutal», sino el coto privado de un grupo selecto. Durante aquellos años, Cintio Vitier se vio obligado a publicar en México su estudio *Ese sol del mundo moral*, ante las objeciones de una comisión censora que se opuso a su edición en Cuba. En esas circunstancias, la fundación del Centro de Estudios Martianos en 1977 constituyó un primer contén a la ofensiva sectaria. A las publicaciones del Centro tuvieron acceso todos los estudiosos del pensamiento martiano. En sus marcos se debatieron distintas concepciones sobre la ideología y el papel de José Martí en la historia de Cuba. Le correspondió a Roberto Fernández Retamar instrumentar la nueva orientación. Se discutieron con limpieza tesis tan opuestas como las de Pedro Pablo Rodríguez y Ramón de Armas, por una parte, y la de

José Cantón Navarro por otra. Los primeros sostenían la imposibilidad de reducir el universo ideológico martiano a la conceptualización propuesta por este último. La definición de Martí como un demócrata-revolucionario, a juicio de los primeros, era aplicada a una variedad de pensadores heterogéneos y contrapuestos entre sí. La profundidad y amplitud de las proyecciones revolucionarias de Martí rebasaban el contenido implícito al concepto de demócrata-revolucionario. Cantón sostenía, por el contrario, el punto de vista según el cual había algo de común entre la mayoría de los pensadores anticoloniales, por lo cual Martí debía incluirse en este concepto. En el *Anuario Martiano*, Luis Toledo Sande polemizaba con Cintio Vitier y Jorge Ibarra. Si bien se podía discutir una variedad de temas, el celo excesivo con el que se defendía en ocasiones el punto de vista propio sobre Martí, frustraba una comunicación más libre y espontánea entre los estudiosos.

Los análisis de los investigadores martianos se limitaban, por lo general, a valorar las connotaciones de su discurso o de su accionar, sin profundizar en el contexto histórico o social en el que se movía el héroe cubano. En esa época hubo un solo intento de síntesis del período histórico comprendido entre 1878 y 1898: el valioso e inteligente acercamiento a la sociedad cubana de la segunda mitad del siglo XIX, realizado por Ramón de Armas con el título *La Revolución pospuesta*. El estudio acucioso de la organización del Partido Revolucionario Cubano (PRC) en la Isla, efectuado por Ibrahim Hidalgo, nos reveló todo un universo político. Sin embargo, esta obra adolece de una falta de contextualización del devenir político en la sociedad de la época. Hidalgo incurrió también en cierto moralismo y cultolatría martiana cuando descalificó, política y moralmente, a los patriotas que discreparon en algún momento con el fundador del PRC.

Los estudios martianos contaron con los aportes de Juan Marinello, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Roberto Fernández Retamar, Carlos Rafael Rodríguez, José Antonio Portuondo, Bias Roca, Luis Toledo Sande, Rafael Almanza, Josefina Toledo, Raúl Rodríguez de la O, Hebert Pérez, Mercedes Santos Moray, Salvador Morales, Ángel Augier, Julio Le Riverend, Eduardo Torres Cuevas, Mary Cruz, Adalberto Ronda, Graciela Chailloux, Diana Abad, Bernardo Callejas, Marcos Llanos, Salvador Bueno, Alga Marina Elizagaray y Luis A. Argüelles, entre otros.

Muchas de las síntesis y monografías realizadas durante el período han rebasado el nivel descriptivo para problematizar y explicar determinados hechos y tendencias. Los investigadores del Centro de Estudios Martianos han contribuido decisivamente con sus obras a la labor realizada por docenas de investigadores, que

por su propia cuenta propiciaron el movimiento historiográfico cubano. Recientemente, ha sido designado Cintio Vitier presidente de esta institución, como expresión de la voluntad de cambio y rectificación que anima a la Revolución Cubana. Se reivindicó también a estudiosos martianos tan relevantes como Iván Schulman y Manuel Pedro González.

En otras áreas de los estudios históricos cubanos, la labor de los fundadores de la historiografía revolucionaria fue continuada por la promoción surgida con la Revolución. De estos nuevos estudiosos sólo dos se dedicaron a tiempo completo a la investigación histórica, César García del Pino y Jorge Ibarra, mientras que el resto, en ocasionales incursiones por el pasado, elaboraron distintas síntesis y monografías. Así, las investigaciones de Joel y Ariel James, Carlos del Toro, José Tabares, Carlos Chaín, Jesús Chía, Francisco López Segre, Fernando Martínez, Enrique Sosa, Walterio Carbonell y Lionel Soto constituyeron valiosos aportes al acervo historiográfico común, aunque el quehacer nuestro se encontrara dominado en ocasiones por una visión presentista de la historia.

El mérito historiográfico principal de Walterio Carbonell radica en haber valorado el aporte del negro a la cultura y a la sociedad cubana como un fenómeno social total, de acuerdo con la perspectiva de Georges Gurvitch acerca de este tipo de procesos. Hasta entonces, la historiografía burguesa había obviado o subvalorado la participación del negro en el quehacer histórico nacional. Sólo Fernando Ortiz y Elías Entralgo, entre los estudiosos de primera línea, habían hecho justicia a los grupos étnicos preteridos. Se le ha criticado a Carbonell, quizás con excesiva acritud, haberse abroquelado en posiciones negristas, pero éste no hacía otra cosa que pagar con la misma moneda a los que por acción u omisión le habían concedido un papel marginal a la contribución del negro a la sociedad cubana. Como quiera que sea, todavía no se han realizado investigaciones de fondo que valoren equilibrada y ponderadamente los aportes de los grupos étnicos constitutivos del pueblo cubano al proceso de formación de la cultura nacional.

Lionel Soto y Arnaldo Silva son los autores de la primera gran síntesis histórica marxista de la coyuntura revolucionaria de los años 30. Se trata de un acucioso estudio de las condiciones de vida y del accionar de los grupos y clases que protagonizaron la revolución contra la dictadura de Gerardo Machado. Los autores criticaron, con razón, las distintas versiones historiográficas burguesas que le concedían un carácter decisivo a la gestión mediacionista de Welles en el derrocamiento de la dictadura machadista, al tiempo que soslayaban el papel clave desempeñado por la clase obrera. Ha sido, quizás, este propósito reivindicativo

del movimiento obrero el que llevó a los autores a no profundizar suficientemente en la significación del movimiento estudiantil, ni a detenerse en el estudio de las tendencias antimperialistas que animaban a los sectores medios de la sociedad. En las más de setecientas páginas de los tres volúmenes de la obra, la figura de Antonio Guiteras sólo se menciona en una ocasión. Aun cuando Gerardo Machado no es valorado como un simple títere, de acuerdo con las distintas versiones revolucionarias de la época, los autores no analizan detallada y rigurosamente las contradicciones entre la burguesía doméstica, representada por Machado, y el capital financiero estadounidense. El hecho de que la gestión de Machado en el poder se distinguiera por su represión a los obreros y estudiantes, y por todo tipo de zalamerías y genuflexiones públicas a la cancillería de Washington, no obsta que representase intereses nacionales de la burguesía enfrentados a los mecanismos de dominación neocolonial. Estos reparos y otros que pudieran formularse a la obra de Soto y Silva, tendrían como fundamento el hecho de que los autores se han valido, para el análisis histórico, tan sólo de las categorías sociológicas marxistas, sin tener en cuenta métodos de reconstrucción de los hechos propios de la disciplina histórica. De esa suerte, la obra ha oscilado desde la perspectiva de una síntesis marxista a la de una crónica o relato de los hechos realizado por protagonistas de la época, sin que se logre, en muchas ocasiones, un esfuerzo superior de síntesis. Defecto común, por otra parte, a los historiadores de nuestra generación.

La obra de Eduardo Torres Cuevas se ha caracterizado por el número de interrogantes que le ha formulado al discurso historiográfico cubano. Nuestro colega ha sabido plantear también diversas objeciones pertinentes a la labor de sus predecesores. Sus intereses investigativos se han proyectado hacia temas de la historia de la Iglesia Católica, de la masonería, del pensamiento cubano del siglo XIX y de la esclavitud colonial. Si bien sus estudios acerca de la esclavitud y de la masonería oriental en la década de 1860, de la composición social de la dirigencia autonomista y del pensamiento de Varela avalan en más de un sentido algunas propuestas de la historiografía cubana, su ensayo sobre Saco no esclareció ni aportó la solución, tal como él pensaba, a la polémica de cien años de duración sobre la figura más controvertida de la historia de Cuba. Se discute, y se seguirá discutiendo por mucho tiempo, en torno a la figura de José Antonio Saco. En ese sentido, su intento evidencia que no se ha trascendido la problemática tradicional en torno al reformismo criollo. En la medida en que sus incursiones en la órbita ideológica de los representantes de la corriente reformista se propusieron dar el tono y el sentido del devenir histórico colonial y de la clase esclavista en su

conjunto, ha incurrido en un error común a la historiografía cubana. De un modo u otro, todos hemos pretendido historiar el período colonial, o bien a sus clases hegemónicas, a partir de las evoluciones o involuciones ideológicas de sus pensadores, identificados con la corriente reformista-anexionista. Todo hace pensar, sin embargo, que el pensamiento dominante durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX, el pensamiento más representativo de la clase plantacionista, en tanto respondía a sus motivaciones clasistas más inmediatas, se encontraba atrincherado en los cabildos coloniales, en las instituciones económicas de carácter corporativo, entre los funcionarios de la administración colonial. En ese sentido, un Claudio Martínez de Pinillos sería más representativo de las aspiraciones de la clase plantacionista en su momento histórico que un Saco o un Del Monte. Sólo en el largo o medio plazo histórico los ideólogos a lo Saco o Del Monte anticipaban las demandas futuras de su clase, mientras los voceros como Martínez de Pinillos representaban las demandas inmediatas del presente, de la coyuntura. Por ello, mientras no se estudien las instituciones esclavistas, no se podrá detectar los registros más sensibles del pensamiento de la clase esclavista de plantaciones.

El estudio monográfico de Joel James, *La República dividida contra sí misma*, tiene por objeto la descripción y explicación del universo político republicano en las dos primeras décadas de este siglo, a partir de las categorías propias de la superestructura social. El autor no interrelaciona los niveles políticos, sociales, culturales y económicos de la realidad histórica. Las referencias a vínculos de este género son escasas. La crítica dogmática condenó de manera inapelable este estudio de James, y lo tildó como un estudio de sociología política formal. Ahora bien, las posibilidades heurísticas del enfoque de nuestro colega se pondrían de manifiesto en virtud de la relativa autonomía del discurso y de la práctica política. En el curso de su exposición, el autor revelaría no sólo la existencia de un monopolio de las actividades y cargos políticos ejercidos por las dirigencias revolucionarias originales del 95, sino también una lógica implícita a los enfrentamientos políticos, que regía de manera implacable a nivel de la superestructura. Las causas eficientes de una variedad de determinaciones de la superficie política se encuentran con frecuencia ceñidas a nivel de la lucha por el poder. La descripción fenomenológica del acontecer político tiene su explicación inmediata, por consiguiente, en una distribución del poder y en una práctica consustancial de éste. Estudio de sociología política e histórica, con él James rompe, por consiguiente, con el empirismo característico del historicismo en boga hasta nuestros días.

Los diversos ensayos históricos realizados por Francisco López Segrera evidenciaron la imposibilidad de renovar los estudios históricos a partir de los esquemas generales de la teoría de la dependencia, aplicados a los resultados historiográficos alcanzados por otros estudiosos. Las limitaciones del método empleado se ponen de relieve aún más, en virtud del talento que el autor despliega en determinados momentos, al investigar por su cuenta procesos y tendencias históricas concretas a los cuales adecua las categorías gramscianas. En tanto las formulaciones marxistas de Gramsci constituyen por lo general categorías intermedias, no globales, López Segrera ha podido vincularlas con determinados hallazgos historiográficos para explicarlos de manera acabada e integral. Los aportes más importantes de López Segrera a la historiografía cubana se encuentran, ante todo, en sus investigaciones sobre la economía, la sociedad y la cultura cubana de las décadas de 1930 a 1960, y en sus observaciones sociológicas sobre la intelectualidad cubana en el mismo período. Su intento fallido de introducir en los estudios de la historia de Cuba los esquemas de Gunder Frank constituye una advertencia para las futuras generaciones de historiadores.

Los dos largos ensayos de interpretación histórica de Germán Sánchez Otero constituyen un abordaje original del proceso histórico cubano en el período 1933-1958. A partir de las categorías de lo nacional y lo popular, Sánchez analiza las proyecciones y tendencias de la ortodoxia y del Movimiento 26 de Julio. Los ribetes antiyanquis de las campañas populistas de Eduardo Chibás son destacados por el autor, interesado en subrayar el hilo de continuidad histórica ente la ortodoxia y la dirigencia ventisieteista. En su estudio sobre la ideología de los asaltantes al Cuartel Moncada, describe y explica la especificidad del marxismo de su dirigencia. La discusión de algunas de las hipótesis y problemas historiográficos implícitos al enfoque de Sánchez Otero deben constituir una premisa para los proyectos investigativos sobre el populismo cubano en el período antes citado.

Asistido de diversos métodos y técnicas, José A. Tabares intentó la labor de reconstrucción de los años 30 y de la vida de uno de sus principales dirigentes históricos, Antonio Guiteras. La labor investigativa de Tabares complementó, en cierto sentido, el estudio biográfico de la figura de Guiteras que Oiga Cabrera llevaba a cabo por su cuenta. En ese camino, Tabares realizó más de un centenar de entrevistas y agotó prácticamente las fuentes escritas del período (prensa, archivos...). Los estudios de Tabares permiten sustentar la tesis de que, independientemente del movimiento obrero, en amplios sectores populares y de la clase media existía una fuerte tendencia antimperialista. Las

investigaciones de Olga Cabrera, por su parte, revelan, inequívocamente, que en estos sectores populares, representados por Guiteras, se elaboró, en cierto sentido de forma autónoma, un programa hacia el socialismo. De ese modo, estos estudios develan la otra cara del movimiento antimachadista, insuficientemente tratada en la obra de Lionel Soto.

En su estudio sobre Guiteras, Tabares caracterizó acertadamente las dos tendencias fundamentales del movimiento revolucionario de los años 30 y del gobierno Grau-Guiteras, como nacional reformista y nacional-revolucionaria. De acuerdo con el autor, Ramón Grau San Martín debía ser ubicado en la tendencia reformista. Sin embargo, los enunciados de esta proposición no son suficientemente explicados. Algunos estudiosos plantean que una cosa era el Grau del año 33, y otra el de los años subsiguientes; que una cosa era su antimperialismo de entonces, y otra su oposición posterior a entrar en arreglos con los comunistas. Según aquéllos, Grau era, en fin de cuentas, quien firmaba los decretos que Guiteras llevaba a su despacho. Comoquiera que sea, la compleja figura de Grau y de algunos dirigentes del Directorio Revolucionario demandan un estudio más detallado que quizás en algún momento el propio Tabares pueda llevar a cabo.

En *Los dos últimos años de la Revolución del 30*, Tabares develó el sentido y la orientación reaccionaria fundamental que se agrupó en torno a Fulgencio Batista e impuso su programa de liquidación del movimiento revolucionario. Jesús Chía, por su parte, realizó una de las investigaciones monográficas más acabadas y profesionales de su generación. El estudio de los monopolios jaboneros puede considerarse un ejemplo de investigación de empresa.

El ensayo histórico sobre el proceso de formación nacional cubano de Carlos Chaín se atiene estrictamente a los requisitos de la teoría marxista de la nación, pero no logra la suficiente fluidez en la exposición del decursar histórico. Quizás lo más significativo de su obra es que coincidió de manera independiente con otros estudios realizados en la época sobre la cristalización de la nación en el curso de la Guerra Grande. Hoy día constituye una referencia obligada para los estudios del proceso de formación nacional.

Se publicaron también estudios biográficos de Frank País y José Antonio Echeverría, realizados por William Gálvez y Julio García Oliveras, respectivamente, caracterizados por una reconstitución minuciosa del accionar de los héroes revolucionarios y de su discurso político. Si bien no faltaron testimonios de época y sociedad en estos relatos, debe señalarse que adolecieron de la falta de un análisis del trasfondo ideológico, cultural y social, así como de mentalidades de la

generación revolucionaria del Centenario del nacimiento de José Martí. Desde el triunfo revolucionario se publicaron decenas de estudios biográficos de mártires del proceso revolucionario, cuya relación de autores no puede abarcarse en esta apretada síntesis, dado el breve espacio del que disponemos.

Las investigaciones históricas de las gestas independentistas realizadas por Abelardo Padrón, Rodolfo Sarracino, Francisco Pérez Guzmán, Gilberto Toste, José Abreu, Juan Losada, Nidia Sarabia, Mary Ruiz de Zárate, Adolfinia Cossío, Rolando Álvarez Estévez, Andrés Castillo, Oscar Loyola, Dolores Bessy Ojeda, Enrique Buznego, Gustavo Pedroso, Ángel García y Pedro Mironshuk,<sup>1</sup> aún cuando muchos de estos autores hayan tendido a destacar más la continuidad que las diferencias entre las distintas generaciones, sus obras han enriquecido la suma de conocimientos históricos factuales de la época. Al estudio del período 1868-1898 contribuyeron también con su obra estudiosos de las generaciones precedentes como Raúl Roa, Juan Jiménez Pastrana, Rafael Cepeda, Octaviano Portuondo, Raúl Aparicio y Andrés Cué. Un esfuerzo superior de síntesis deberá integrar los resultados de la historiografía cubana de la segunda mitad del siglo XIX.

Los estudios históricos regionales, alentados por la obra de Pérez de la Riva y de Le Riverend, abrieron una brecha con relación al campo trazado por las llamadas historias locales, interesadas tan sólo en describir hechos políticos de la superficie que tenían lugar en las municipalidades de la Isla. Otro poderoso estímulo al desarrollo de la historiografía regional constituyó la política propulsada por el Partido Comunista de Cuba y la Academia de Ciencias, desde los años 60, y con posterioridad por el Ministerio de Cultura desde los 70, de alentar la creación de archivos históricos y museos locales, así como grupos de investigación regional. Los estudios regionales han dado un paso de avance en la medida en que se han planteado definir las regiones geohistóricas como espacios que se distinguían por su estructura interna. En ese camino se han propuesto una diversidad de definiciones de la región. Aún no han aparecido conceptos alrededor de los cuales se integre la labor de equipos de investigación de las distintas regiones. Debe destacarse la obra pionera de Oiga Portuondo y Rafael Duharte en Santiago de Cuba, de José Abreu en Holguín, de Gustavo Sed Nieves en Camagüey, de Hernán Venegas y Carmen Guerra en Santa Clara, de José Aneiros en Sancti Spiritus, de Ángel Velázquez en Manzanillo, de Fe Iglesias en La Habana, para mencionar sólo algunos.

La tercera promoción generacional dio muestras de haber aprendido la lección de sus maestros. La obra de Oscar Zanetti y Alejandro García, sin duda la más

representativa del período, se caracterizó por la forma en que asimiló las enseñanzas de Pérez de la Riva, Moreno Fragnals y Julio Le Riverend. De hecho, sus estudios monográficos sobre la United Fruit Co. y los ferrocarriles cubanos se encuentran en el nivel intermedio entre la micro y la macro historia, en el cual se ubica *El ingenio* de Moreno. Desde este ángulo privilegiado, Zanetti y García pudieron acercarse y captar los hechos más particulares y generales relacionados con los estudios de las empresas. Tanto en el estudio de la United Fruit como en el de los ferrocarriles, los autores dedicaron un capítulo preliminar a las premisas geográficas que condicionaron las actividades productivas, agrícolas y de transportación en la Isla. Si bien en el estudio de la United Fruit apenas aparece relacionada la descripción del medio geográfico con las actividades productivas, en el estudio de los ferrocarriles la explicación geográfica aparece estrechamente vinculada a la infraestructura económica del país. La diversidad de métodos empleados con el objeto de explicar el funcionamiento del complejo económico y social de la plantación y del ferrocarril, dan cuenta de la concepción integral que presidió la obra. Zanetti y García, en su estudio de la United Fruit, elaboraron por primera vez en la historiografía cubana series estadísticas de salarios reales. Así mismo, hicieron estudios de costos de producción, de rendimientos agrícolas y de procesos de comercialización. En la medida en que, en su síntesis sobre los ferrocarriles cubanos, *Caminos para el azúcar*, prevaleció la intención de reconstituir en su conjunto un proceso, la exposición aparece estrechamente vinculada a las fuentes consultadas. Ahora bien, la descripción no está exenta de una calificación de actitudes y tendencias intrínsecas a las proyecciones de los intereses dominantes en las empresas ferrocarrileras. El propósito de los autores de abarcar un conjunto los llevó de la mano a valorar los vínculos de la infraestructura ferrocarrilera con las distintas regiones del país y su papel en la formación de un mercado interno. Además, sus análisis sobre rentabilidad no se limitaron a la de las empresas ferrocarrileras, sino también a la forma en que éstas la propiciaron en la industria azucarera.

Formular criterios sobre la labor historiográfica de la tercera promoción generacional de historiadores resulta prematuro en más de un sentido. En la medida en que se ha suprimido gran parte de las prohibiciones y obstáculos institucionales del período gris de la historiografía cubana, por llamarlo de algún modo, los jóvenes estudiosos se encuentran en condiciones de dar pasos de avance decisivos en la elaboración de una historia de Cuba. En este sentido debe destacarse la labor realizada hasta el presente por Enrique Collazo, Jorge Ibarra Guitart, María Antonia Márquez, Doria

González, Mercedes García, Imily Balboa y Ricardo Quiza.

La segunda y tercera promoción de historiadores han aplicado más o menos creativamente el marxismo a una nueva documentación, a la vez que han enunciado nuevas hipótesis y problemas historiográficos. Una de sus limitaciones más evidentes ha consistido en haberse conformado con poner en práctica técnicas tradicionales de valoración de los hechos históricos. En realidad, no ha tenido lugar una puesta al día con los últimos avances metodológicos de las ciencias históricas. No se trata, desde luego, de copiar o aplicar mecánicamente las últimas modas procedentes de las universidades europeas o estadounidenses. De hecho, no han faltado ensayos apresurados por adaptar la historia de Cuba a los esquemas de la nación de Stalin, a los patrones de dependencia descritos por Gunder Frank, o a las categorías del pensamiento de Adorno y Horkheimer, o sea, a las formulaciones de la Escuela de Frankfurt. Desde luego, estos intentos apriorísticos no han podido explicar los fundamentos de la sociedad cubana, aun cuando hayan iluminado ciertos aspectos de la realidad histórica o contribuido a ejercitar las facultades intelectivas de investigadores jóvenes. Como bien destacó Engels a propósito de las técnicas de investigación histórica: «...no se trata de sacar de las cabezas las concatenaciones de las cosas, sino describirlas en los mismos hechos.» En algunos historiadores, el afán por expresar opiniones propias y reforzar su personal visión del mundo o el interés en fundamentar historiográficamente la última teoría de la historia en boga, ha sido con frecuencia más evidente que el deseo desinteresado de averiguar lo que realmente sucedió en el pasado. Esta última actitud debe conducir al historiador a construir sus propias categorías en la medida en que broten de la realidad histórica, o adaptar aquellas categorías existentes que sean compatibles o se avengan con los hechos estudiados. La actitud desinteresada sugiere el empleo de métodos de investigación que contribuyan a esclarecer hechos y tendencias pertinentes o significativos, no simples curiosidades o trivialidades del devenir histórico.

Los estudios históricos cubanos han tendido a reseñar o explicar hechos o nociones económicas, o bien a reconstituir y definir acontecimientos y procesos políticos. Los esfuerzos por relacionar o integrar estos campos se han efectuado, por lo general, vinculando sin mediación alguna lo económico y lo político. No se ha considerado que lo social pudiera constituir un terreno intermedio, una argamasa en la cual se fundieran o integraran lo económico y lo político, o bien que pudiera articular un campo de determinaciones históricas propias. En muchos casos se le ha conceptualizado como una mera expresión o un débil

barniz de lo económico. Tal concepción ha estado presente en las historias políticas, económicas y sociales tradicionales, ya fueran de orientación positivista o marxista. Se ha obviado, también con demasiada frecuencia, el hecho de que lo social conforma un campo privilegiado donde toman forma las actitudes de clases y grupos, así como sus estados de ánimo.

El reduccionismo, por su parte, ha pretendido identificar a lo social con la estructura clasista. Este estrecho enfoque ha excluido el estudio de la estratificación etnocultural y etnosocial que se superpone a la estructura de clases. Si tratáramos de definir la historia social en su forma más suscita o embrionaria, podríamos parafrasear a Eugene Genovese, de acuerdo con el cual ésta sería el relato de quién domina a quién, cómo y por cuánto tiempo. Desde luego, las clases dominantes han ejercido el poder por la coerción militar, sin mediación alguna, muy raras veces en la historia. A los efectos de esclarecer las relaciones de poder fundamentales de una sociedad, las cuales no se expresan tan sólo en términos de un simple dominio, sino de una hegemonía cultural e ideológica, de un consenso, la historia social debe explicar la incidencia que tiene el número de los hombres, o sea, el movimiento y la composición de la población en la estabilidad de una sociedad a través del tiempo. Las investigaciones de familia, parentesco y género revelan, en su particularidad, desde los microcosmos de las relaciones privadas, hasta los grandes conflictos, crisis, mediaciones y avenencias que recorren a una sociedad en una época determinada.

En otro plano, la historia de las mentalidades debe iluminar, en más de un sentido, la historia del orden imperante, o sea, de las relaciones de poder. Las maneras de sentir y pensar que se expresan en las producciones culturales, en el léxico, en la conducta anómala de ciertos grupos y estratos, ponen de manifiesto el grado de tensión existente entre las clases hegemónicas y las subalternas. La evaluación de la densidad psicológica y cultural de las relaciones sociales le permiten al historiador social formarse una idea de la consistencia histórica de éstas. En este contexto, la afirmación de E.M. Forster en el sentido de que «la verdadera historia de la raza humana es la de los afectos humanos» no parece arbitraria del todo.

La historia social tendría también como objeto el estudio de la cultura en todas sus manifestaciones, particularmente el lenguaje, las creencias, costumbres y tradiciones populares, las pautas y el contenido de la educación transmitida por el sistema escolar, las actitudes de deferencia en las relaciones interclasistas, los patrones clasistas del espacio urbano, las prácticas religiosas, los mitos y rituales, las formas de sociabilidad, en tanto explican las relaciones sociales y de poder propias de una sociedad. La historia social, en última instancia, se propondría acceder por esas vías al conocimiento del pueblo, ese gran desconocido de los estudiosos, cuyos movimientos imperceptibles o manifiestos han inclinado por lo general la balanza del poder e impulsado los grandes cambios históricos. Hasta el presente, el discurso historio gráfico se ha limitado a enunciar su nombre de manera encomiástica o a encumbrar de manera exclusivista o reduccionista a sus clases constitutivas (obreros, campesinos, pequeños productores o distribuidores, intelectuales), sin estudiar los vínculos internos que los unen e integran en una entidad superior. De lo que se trataría entonces para nosotros, estudiosos del hombre en sociedad, sería contribuir al conocimiento de la gente sin historia, de manera que ésta se encuentre cada vez más en condiciones de participar y ser artífice de su propio destino.

## Notas

1. El breve tiempo de que dispusimos para entregar este artículo a la nueva dirección de la revista *Temas* no nos permitió incluir todos los autores que coadyuvaron con su esfuerzo personal a la temática diversa de la historiografía cubana. Toda omisión es involuntaria. Confío ampliar este trabajo en un estudio historiográfico más integral, que abarque tanto a los autores nacionales como extranjeros, así como a destacados bibliógrafos que hicieron posible la labor de todos. En esta nueva síntesis valoraría también la labor de los historiadores cubanos que han estudiado procesos históricos latinoamericanos. En este reducido espacio tratamos de incluir en una sola temática a colegas que han trabajado más de una.

© TEMAS, 1995.